**Domingo 31º T.O. (B) (04.11.2018): Marcos 12,28-34.**

***“El único dios es... el prójimo”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

El tiempo nos ha traído hasta el cuarto domingo antes del final del año. Esto quiere decir que nos quedan cuatro semanas para acabar de leer el Evangelio que traemos entre manos desde el adviento de 2017. El domingo pasado leímos por recomendación de la jerarquía litúrgica el final del camino de Jesús en el final del capítulo décimo del relato de su autora, María Magdalena. En este día cuatro de noviembre se leerá **Marcos 12,28-34**. Y, ¿todo el capítulo undécimo y la primera mitad del duodécimo, por qué no se lee? ¿Tan peligroso es? Mucho.

Silenciar todo este relato del encuentro de Jesús de Nazaret con las autoridades del Templo en su propia casa es una de las manipulaciones marginadoras del Evangelio que se pueden perpetrar tan alevosamente dentro de la iglesia y de la celebración de la fe. ¿Por qué se les llena la boca a los pastores, desde el papa hasta el último ordenado, con el asunto de la misión evangelizadora si luego se nos impide leer y contemplar críticamente el texto donde se exponen las razones para entender por qué murió aquel laico judío y de Galilea llamado Jesús?

Una vez más confieso mi renuncia a participar en una celebración que margina y manipula el Evangelio. Me quedaré con mis adentros para leerme muy despacio Marcos 11,1 hasta 12,27. Y ahora y aquí comparto mi comentario de su continuación que es **Marcos 12,28-34.**

El texto que van a leer los sacerdotes en la santa misa del domingo día cuatro de noviembre comienza así: *“En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó”.* En cambio en cualquiera de las biblias que uno pueda consultar se lee esto otro que es muy parecido pero con matices importantes: *“Se acercó uno de los escribas que les había oído y, viendo que les había respondido muy bien, le preguntó”* (Mc 12,28). La pregunta del escriba a Jesús, cuenta la narradora María de Magdala, está formulada en un contexto que, según parece, la autoridad eclesiástica de la liturgia desea que no se conozca.

Ese contexto del relato es el Templo de Jerusalén donde Jesús anda enfrentado con los Sumos Sacerdotes, los Ancianos, los Escribas, los Fariseos y hasta con los Saduceos. Con todos dialoga, a todos denuncia y alto y claro anuncia que no es necesaria una religión de templo, ni de mediaciones sacerdotales o pastorales, ni de liturgias, ni de rituales o leyes... Por eso el escriba del relato pregunta sorprendido a este desconocido laico y galileo Jesús que cuál es el mandamiento de su proyecto, de su reinado, de su religión, de su buena noticia.

La respuesta de Jesús de Nazaret fue tan desconcertante entonces y ahora que, cuando se escucha, nadie se atreve a seguir dialogando con él. Todo y todos se callan sin saber si aceptar o negar lo que expresa el galileo. El mandamiento de este Jesús de Nazaret es amar al prójimo (12,31), que es el único dios que existe, -visible, tocable, hablable, audible, besable, abrazable, acariciable, perdonable, amable-. Así es la religión de este hombre de carne y hueso.

Esto nos lo cuenta María Magdalena en su Evangelio llamado de Marcos en 12,28-34. Pero esto mismo lo cuenta así en el cuarto Evangelio Juan 13,35. Y dicho de otra manera lo leo a cada paso en el Evangelio de Mateo 7,12 y en el Libro de Lucas 17,21. ¿Más claro? Imposible.

**Domingo 49º de Lucas (04.11.2018): Lucas 22,39-71.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

Después del conflicto de la cena última de Jesús con todos los suyos, el narrador Lucas nos da cuenta de los acontecimientos de su Jesús de Nazaret. Los dos primeros suceden en el llamado ‘Huerto de los Olivos: *“Salió Jesús y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos. Y los discípulos le siguieron”* (Lucas 22,39). Lo primero que se nos cuenta de Jesús es ‘su oración’ aquí y ahora (22,40-46) y lo segundo es ‘el apresamiento de este hombre’ (22,47-53).

Antes de seguir la lectura de los acontecimientos me permito insistir en una curiosidad en la que no se suele caer en la cuenta y que es esta: *“Dijo Jesús a los Sumos Sacerdotes, Jefes de la guardia del Templo y Ancianos que habían venido contra él... Estando yo todos los días en el Templo con vosotros, no me pusisteis las manos encima, pero esta es vuestra hora y el poder del mal”* (22,53-54). Y esto está contado después de haber dicho que este mismo Jesús ha implantado sin cirugía, ni instrumental y en plena noche la oreja derecha de un inocente. ¡¡¿?!!

¿Sucedió todo esto así? Pudo suceder de todo, pero las evidencias humanas le dicen al lector que aquí hay una narración de los hechos muy intencionadamente elaborada. En este monte o huerto de los Olivos hay un ángel de las esferas de la divinidad que le acompaña e ilumina. Y los representantes de esa autoridad divina -como son los sumos sacerdotes, los ancianos y la guardia del templo- son los apresadores ahora y los jueces condenadores poco después (22,66-71). ¿Una misma divinidad con servidores tan enfrentados? ¿Es posible otro Jano de dos caras?

Lo que sucede aquí en el huerto es lo que ha sucedido permanentemente en la vida de Jesús desde su mayoría de edad a los doce años (Lc 2,41-52) hasta su entrada y estancia en el Templo de Jerusalén (Lc 21-22): el enfrentamiento irreconciliable entre Jesús y lo suyo, por un lado, y el Templo de Jerusalén y lo suyo por otro. Entre ambos se está debatiendo la cuestión de ‘la divinidad’, la cuestión de Yavé-Dios. Su presencia y la relación con él. Y está también en juego la realidad y la actuación del Mesías de este Dios. Qué clarito se dice en Lucas 22,69-70.

Aquí y ahora nadie ve a ese Yavé-Dios. Sólo se percibe la presencia enfrentada de sus mediaciones. Y la suerte está echada. Una de esas presencias quedará de pie y la otra desaparecerá. El galileo y laico Jesús de Nazaret se quedará solo y desaparecerá: porque Judas lo traiciona y hasta el mismo Pedro, el también galileo, afirma no saber nada de él. ¿Y Yavé-Dios? ¿Ausente y mudo? ¿Importan tanto estas respuestas cuando el Templo de este Yavé-Dios y de su Religión condenan, en la pantomima (22,63-65) de un juicio religioso, a Jesús de Nazaret a morir crucificado?

La continuación narrativa del Evangelista nos evoca la sentencia ya tomada: *“¿Qué necesidad tenemos ya de testigos...”* (Lucas 22,71). Queda sólo contar la ejecución de la decisión tomada por el Sanedrín de Israel, pero eso será el motivo de la narración del juicio político en el capítulo siguiente del Evangelio (Lucas 23). Llegado a este momento del texto me vuelvo a plantear una pregunta que no conviene olvidar nunca: **¿Por qué muere este Jesús de Nazaret?** Con este relato entre manos no hay más que una respuesta: La autoridad de la Religión de Israel apresa a Jesús en el huerto de los Olivos, le juzga blasfemo y le condena como tal.